
LA BANDERA RADICAL

REVISTA DE INTERESES GENERALES

CARLOS MARIA RAMIREZ — DIRECTOR

SUMARIO DEL N.º 9

LA SANTA PROPAGANDA DE LA PAZ (1) — LA GUERRA CIVIL ORIENTAL, por Un amigo de causa —
LA SOCIEDAD RURAL — NUESTRO ESTADO MORAL Y SUS CAUSAS, por Manuel Arredondo — NI
ASESINATOS NI AMNISTIAS — DATOS ESTADÍSTICOS DE UN JÓVEN GUERRERO, por José P. Varela —
LOS PALMARES (continuación.) — REVISTA DE LA SEMANA Y SUELTOS DIVERSOS.

La santa propaganda de la paz

Si la prensa es una de las más verídicas manifestaciones de la opinión pública, como lo reconocen todos, forzoso es convenir que el sentimiento de la paz es general en la República, y que no falta ya más que dar un paso en el terreno de los hechos para restablecer el imperio de las leyes, la seguridad del trabajo, la vida de la civilización y del progreso.

No hay un solo diario, que ose todavía mantener la bandera negra de la guerra, la bandera ominosa de los ódios.

Hoy la prensa es el gran parlamentario que se presenta entre los implacables bandos de la lucha.

Nunca los periodistas han comprendido con más nobleza su misión.

No es una cuestión política; es una cuestión de humanidad la que se ofrece hoy a nuestra vista.

Debemos combatir la guerra, como se combate una epidemia.

Debemos trabajar por la pacificación del país, como se trabaja por la salubricación de un pueblo.

Todas las divergencias callan ante el propósito cristiano de detener la muerte que con su cortejo de ruinas se pasea ufana por todo el territorio nacional.

Una guerra civil como la que destroza a la República, es por cierto una epidemia muy terrible y muy feroz.

Es la epidemia en el hombre y en todo lo que lo rodea para satisfacer sus necesidades esenciales.

Es la epidemia que mata y que corrompe; que arruina y que degrada.

Es el mas cruel de los azotes que un Dios vengativo é implacable puede desencadenar sobre los pueblos.

Así lo comprende y lo proclama la opinion, calmando las pasiones insensatas, que por un momento nos hicieron aceptar con entusiasmo el reinado de tan inmensos males.

Esta santa y salvadora propaganda va á producir ótimos frutos.

De un modo ó de otro la paz iba á venir, porque ya no puede el país soportar materialmente la prolongacion de la guerra; pero la propaganda de la prensa conseguirá arraigarla profundamente en el corazón del pueblo.

De aquí en adelante, no la comoverán con tanta facilidad las pasiones del bando, ni las ambiciones del caudillo.

La uniformidad de la prensa en el propósito sagrado de la paz, es un poder que no puede quedar sin influencia en los áridos destinos del país.

Poco importan las disidencias de detalle, que irán desapareciendo á medida que la discusion avance.

Todos están conformes en que la paz no ha de buscarse por las armas, ni por la intolerancia, ni por el exclusivismo, sino por la transaccion honorable, por el respeto mutuo, por la coexistencia de los partidos en lucha.

Este trabajo compensa en mucha parte los males que se siguen de la prolongacion de la lucha armada.

El sentimiento de la paz se vá formando en el corazón de los mismos combatientes que ayer calificaban de traidor á todo el que no acatase la horrible ley del esterminio.

Cuando en Diciembre del año próximo pasado D. José Maria Muñoz lanzó á la prensa meritorias palabras de conciliacion y de rehabilitacion para los partidos que estaban frente á frente, su voz encontró resistencias tales, que algunos dias despues, una numerosa reunion de gefes y de ciudadanos declaraba uniformemente que era imposible entrar en ninguna clase de negociacion con el rebelde.

¡Honor á los que vieron claro cuando estaban ciegos todos!

Hoy se asegura que el mismo General Batlle se siente inclinado á una solucion de paz y está dispuesto á poner los medios de alcanzarla.

Dios le dé abnegacion y patriotismo en esa obra!

La propaganda de la prensa le vá propiciando su camino.

El *Ferro-Carril*, permanece fiel á la bandera que tuvo el honor de enarbolar primero.

El *Siglo* la sostiene con decision y con fe.

La *Tarde* adhiere con entusiasmo á ella.

Y la misma *Tribuna* empieza ya á aceptarla con insignificantes restricciones.

En la prensa de campaña, tan débil como todavia es, se manifiesta el pensamiento de la paz en términos que tambien la honran, asignando un digno puesto en el movimiento intelectual de la República.

Ya en números anteriores hemos transcritto un artículo del *Independiente* de Fray-Bentos, y ahora nos toca anunciar la aparicion de un nuevo colega, al cual saludamos como un honroso compañero de causa en el humanitario programa de la paz.

Prosigamos la tarea sin desmayar un solo instante; prediquemos la paz en todas partes; no nos cansemos de decir que la patria está mas arriba del partido; que antes que colorados y blancos somos todos Orientales; y que si no aceptamos espontáneamente un acuerdo conciliador que nos haga vivir á todos bajo el imperio de las instituciones, abriendo una nueva era de legalidad y de regeneracion, la intervencion estrangera vendrá á imponernos algun arreglo vergonzoso, que continúe la detestable tradicion de nuestras humillaciones nacionales.

A estas ideas responde con altura el nuevo periódico de Mercedes, y nosotros nos complacemos en reproducir su programa.

Repetimos que nada importan las disidencias de detalle: la base está dada, y lo demas vendrá á coronar mas tarde el edificio.

Harto patriotismo hay en levantar la voz de la razon y los principios fuera del centro social donde siguiera las costumbres garanten al escritor el respeto de la dignidad y de la vida!

La prensa de campaña, contrae mas méritos y hace mas servicios que la misma prensa de Montevideo.

Arrostrando graves compromisos y peligros, la prensa de campaña predica las buenas ideas allí donde mas potentes son las preocupaciones y

las pasiones de partido, allí también donde mayores son los males que las guerras civiles traen consigo.

Hé aquí el programa del colega de Mercedes :

EL PROGRAMA

Lanzado de nuevo al agitado océano del periodismo en momentos en que la sangre de hermanos enrojece las verdes campiñas y euhillas de nuestra adorada patria, lo hacemos no solo con la fé que profesamos á nuestras convicciones políticas, sino á la vez con la conciencia de poder coadyuvar con nuestra humilde propaganda á la terminacion de una lúcha por demas sangrienta y asoladora.

Nuestra especial contraccion será velar por los intereses de nuestro departamento en particular, y los de nuestro pais en general, proclamando siempre el imperio de nuestras instituciones á cuya sombra haremos lo posible por ver agrupados á todos los orientales que sin manchas que les recuerde un luctuoso pasado, puedan formar parte en la gran reconstruccion nacional que inicia y depara la nueva generacion.

¡ Ardua y peligrosa es la tarea que nos proponemos afrontar !

¡ Lo comprendemos ! !

¿ Pero si en medio del llanto y desconsuelo, de la ruina y de la sangre, no hay quien se agrupe en torno de ese fúnebre clamor de la patria, para salvarla de la desolacion y esterminio, á que la conduce el desahfreno de pasiones ?

¡ Que será de nosotros, que de nuestros hijos, y por último cual la suerte que le espera á nuestra nacionalidad ! !

No es por cierto difícil presagiar el término funesto con la *sangre*, y siempre la *sangre de hermanos*; jamás hemos creído que el sacrificio de centenares de combatientes en los campos de batalla, nos ofreciera el resultado anhelado, terminando la existencia del partido vencido, jamás, antes al contrario la práctica nos enseña que el sacrificio de víctimas, es precursor de nuevas hecatombes, de nuevas calamidades. *El partidario que muere es como el árbol que se poda, y que perdiendo sus vástagos, relanjan al poco tiempo con mayor vigor y fuerza*; tal es la condicion humana, vea morir á mi padre, mas tarde vengará la muerte del autor de mis dias.

Somos colorados puros, pero cuando se trata de la salvacion del pais,

somos todo, menos enemigos de la patria; nunca nos cegó, ni nos cegarán las afecciones de partido, posponiendo el bienestar y felicidad de ella; queremos verla consolidada, fuerte y feliz por el robusto brazo de sus hijos, y no deseamos mirarla despedazada, ensangrentada, y envilecida por ellos.

La prolongacion por mas tiempo de una lúcha como la actual, será la ruina infalible, moral y materialmente hablando, de ella; por tanto si bien no deseamos como Orientales que el pais soporte la humillante imposicion de una revolucion, desearíamos cuando menos que el Gobierno de la Republica consultando los intereses generales, como escuchando la desgarradora plegaria del pueblo que jime bajo el infortunio de una guerra sin límites, ofrezca en aras de la pacificacion toda su abnegacion ó todo su poder para terminar cuanto antes con la criminal situacion por que atravesamos.

Tales son y serán siempre nuestras ideas en circunstancias análogas; jamás estaremos con las conveniencias de círculos, queremos que nuestras contiendas sean sofocadas por la razon y patriotismo, antes que libradas á la suerte de una batalla, de una sorpresa, de un malon; pero si desgraciadamente fuese necesario este último recurso, procédase con energia, con actividad, poniendo en juego todos los medios materiales para pulverizar el mal donde quiera que exista ó se refugie, pues de esta manera será menos funesto, que con la prolongacion de su existencia.

No abandonaremos nuestro programa, y si con él caemos envuelto en el descontento de círculos opositores, nos acompañará la satisfaccion de haber concurrido aunque en humilde esfera, á la propaganda pacificadora de la Republica tan urgentemente reclamada por todos, bajo el imperio de la Constitucion y de las Leyes.

Haremos un esfuerzo siempre por cooperar al triunfo de las instituciones, salvando ileso en todos los casos el principio de autoridad legítima; haremos abstraccion completa de personalidades políticas y particulares, que en nuestro concepto importan poco ante la consideracion que debemos como ciudadanos á la sociedad, y como orientales á nuestras creencias; seremos infatigables preconizadores de todo aquello que creemos de utilidad pública, como seremos severos y enérgicos con los abusos de autoridad, vengán de donde viniesen, y sea quien fuese el magistrado que los cometa.

Nuestra palabra en la prensa será leal y verdadera, y cuando, las salvas, repiques y cohetes anuncien al pueblo la terminación feliz de la lucha de hermanos, resonando La Paz de un ámbito á otro de la República, entonces nos retiraremos al hogar sin otra compensación que la de haber llenado un deber sagrado como hijos de la patria.

Restanos solo por el momento saludar fraternalmente á nuestros honorables colegas de una y otra orilla del Plata, para quienes desearnos prolongada existencia en la vida periodística.

La Guerra Civil Oriental

I.

Amicus Platus, amicus Socrates, sed magis amicus Veritas

Las ideas de la *Bandera Radical* son las únicas que pueden conducirnos á ser independientes, fuertes y respetados, á tener verdadera patria, y en fin, á alcanzar el bello ideal de libertad y de civilización á que otros Pueblos han llegado.

Es de esperarse que esa propaganda elocuente encuentre eco en las almas generosas de la juventud Oriental, y que aun alcancemos á ver realizado, el ensueño que halaga á todas las personas, que aspiran á la felicidad de la Patria por el único medio posible, que es la reconstrucción del País, por medio de la reconciliación de los partidos, que divididos traban su marcha de progreso y de bienestar.

¿Y cómo no esperararlo, cuando á esas almas sonríe la dulce esperanza de mejores días, y la creencia de mas bellos tiempos, de los que fatalmente nos han tocado á nosotros, víctimas de un pasado luctuoso, que debía servir de escarmiento y de saludables efectos; pero que es el apostolado para mantener la tea siempre encendiaría de la revuelta, el odio de los rencores de ciudadano á ciudadano, de familia á familia, de pueblo á pueblo; y en fin para extinguir las fuentes de prosperidad, y convertir á nuestro hermoso país, bien digno de mejoras destinos, en un vasto teatro de horrores cuya recuendo nos hace temblar de espanto?

No, es preciso que esta situación cese por el bien del País; por su buen nombre y por su porvenir; es preciso que los que quieren *lo justo, lo bueno y lo honesto*, trabajen para que se realice.

Los obreros de tan grandes ideas que hagan su propaganda, que Dios los ayude y los pueblos bendecirán su obra.

Es preciso sembrar buena simiente en tan fértil tierra para que se fundice el grano bueno;—desviemos el rayo que nos amenaza heir—y al unisóno trabajemos todos por la unión de la familia oriental.

En esa tarea, todo el que se sienta con abnegación, será su cooperador.

Todo el que ame á la virtud y deteste el vicio, será su apóstol.
Todo el que ame á la libertad, á la justicia, y á su patria, ante todas las preocupaciones y miserias de partido, será el obrero de las grandes ideas que vd. desarrolla en su opúsculo.

II.

La guerra civil inoculada desde los albores de nuestra emancipación política en el seno de nuestra naciente sociedad, ha sido como es la remora de todo lo útil, de todo lo grande; y la causa de que el país no tenga en la actualidad un destino envidiable en el rango de las naciones mas civilizadas.

La fertilidad de su suelo, las riquezas que se encierran en su seno, su posición topográfica, todas sus ventajas sobre otros pueblos, menos dotados por la naturaleza, ventajas que á manos llenas ha prostrado la Proviencia sobre nuestro bello país, todo ha sido olvidado, sacrificado á la funesta guerra civil, que en hora menguada se despertó entre nosotros.

¿Y cuales son los intereses en lucha, cuales las ideas civilizadoras y antagonistas, si todos están conformes con las instituciones democráticas;—si todos se vanaglorian de tener las mismas tradiciones de nuestra nacionalidad y están orgullosos de ser descendientes de los campeones como los Treinta y Trece que supieron arrebatár á su patria de las garras del extranjero; en fin, cuando somos herederos de esos paladines de aquella sublimé epopeya de las guerras de independencia, dignas de ser cantadas por bardos como Homero y Virgilio?

Y cuando medio y mi imaginación recuerda, que casi todos esos nombres de aquellas guerras de tianes, han sido despues víctimas inmortales de las luchas de partido civil; que casi todos han perecido en el ostracismo ó en la miseria, entonces mi vista se nubla por las lágrimas que me arrebata tan triste destino.....

Generaciones enteras han sido sacrificadas por el plomo homicida de las guerras civiles: ¿y cuántas almas virtuosas, cuántas inteligencias envidiables, cuántas esperanzas, cuántos consuelos y cuántos sacrificios, no han sido arrancados á la Patria? La infeliz madre, cuyo sostén era aquel hijo que sucumbió en la lucha, el infeliz padre que perdió el báculo de su vejez; la desventurada vida desamparada por su esposo, y llorando la miseria de sus hijos; el padre, el hermano, el ciudadano y el extranjero, maldicen semejantes luchas estériles en bienes, cuanto fecundas en males.

Estremece solo el pensar que nueva sangre se vierta con ardor febril, en la misma lucha, y que hace presagiar superiores desgracias, á las que cuenta la horrible cuanto eterna noche de la guerra civil de nuestro país.

¿Y no nos será dado vislumbrar la aurora radiante de un tranquilo porvenir?

¿Viviremos siempre siendo testigos de tan espantosas escenas, y despedazándonos?

¿Por qué nosotros hemos de ser solidarios de un luctuoso cuanto abominable pasado, si venimos al mundo con noble fé y con ardiente celo, á buscar el bien y la igualdad? ¿por qué no hemos de soltar las cadenas que aprisionan á los que no se sienten con abnegacion bastante para arrancarlas?

III.

La guerra civil! Qué horribles imágenes no nos ofrece el lienzo en que vemos retratados sus errores!

¿Qué significan todos esos preparativos de guerra, toda esa alarma, toda esa vocería infernal, toda esa imponente actitud, que vemos con tanta frecuencia reproducirse en nuestro país?

¿Qué significa, esa aglomeracion de gentes, ese abandono del trabajo y de los dulces halagos de la familia?

¿Qué significan esos gastos inmensos, esos grandes empréstitos, esas grandes deudas que agobian al Estado, y lo encadenan á la mas precaria situacion?

¿Huella acaso la planta del extranjero nuestro suelo, ó amenaza nuestros derechos ó arrebatara nuestras instituciones?

¿O bien están acaso, en peligro nuestras instituciones?

No; todo ese aparato de guerra, toda esa actitud bélica, todos esos inmensos gastos, son para combatir con nuestros hermanos, y para hacerles morder el polvo: para desgarrar el corazón de la madre, del hijo y del padre, y triunfar sobre un montón de cadáveres.

Y esos cadáveres ¿de quiénes son sino nuestros hermanos?

¿Y esas campanas que hunden el aire con sus repiques, esas salvas, esos gritos desahogados, esas lujosas iluminaciones qué anuncian? se ha triunfado del hermano! . . .

¿Qué vértigo es aquel que ahoga las ideas genéticas y mata el sentimiento del corazón, para alegrarse y festejar la sangre derramada del hermano, el sacrificio de sus conciudadanos?

Esos días deben ser de luto, porque la madre Patria, llora la muerte de sus hijos!

En Roma estaba prohibida toda manifestacion pública en las discordias civiles, y solo estuvo esto reservado para la época de los Césares.

IV.

Si! el país necesita nuevas ideas, esfuerzos mas puros, mas civismo y mas abnegacion para labrar su bienestar.

Los partidos que lo uncen al carro de sus desmanes y de sus delirantes pasiones, no hacen sino postar mas una víctima espiatoria de sus desórdenes.

La guerra civil?

¿Puede haber nada mas contrario á todas las leyes divinas y humanas, que ese estado de perpetua depresion y barbarie, ese estado de continua zozobra, de ruina y de muerte?

En que cada habitante no es dueño de su fortuna, de su persona ni de su vida, ni aun de su voluntad.

En que se vive atormentado, hostigado y perseguido.

En que nadie es dueño de sus acciones, en que las palabras mas indignas y los mas desinteresados deseos, son mal interpretados, y sirven á veces para su persecucion.

En que no hay amigo para el amigo, ni hermano para el hermano, ni ciudadano para el ciudadano, en quienes no sea mas fácil sacrificar todos

los mas nobles lazos de la amistad y del cariño por el espíritu de partido, que cual letal veneno debiene los mas puros latidos del corazon humano. Maldita sea la ambicion de aquellos que despertaron en nuestro suelo la hidra sangrienta de las guerras fratricidas!.....

¿Qué importan sus virtudes, si ellos fueron causa de la perdicion de la Patria? Diremosles aplicando lo que Addison dice de César en su Caton.

¿Qué importa que hubiesen trabajado por la independencia de su Pais, si ellos encendieron la discordia entre hermanos?

Apartemos por un momento la vista de este cuadro de horror.

(Concluida.)

Un amigo de causa:

La Sociedad rural

El inteligente y laborioso Secretario de la *Comision de Inmigracion*, en una contestacion á la carta del Sr. D. Domingo Ordoñana, consigna un dato de la mayor importancia para el proceso que estamos formando á la guerra civil de nuestro pais.

El Sr. D. Lucio Rodriguez publica el siguiente párrafo de una carta que le ha sido dirigida del Departamento de Cerro-Largo :

« Mis contratados hace dos años, quieren irse á todo trance, porque las « sembreras de maiz, porotos, etc., se las acaba de destruir la anima- « lada que, á CONSECUENCIA DE FALTA DE AUTORIDADES no se encierra « ya de noche por los chacareros, y el descontento general que se apo- « dera de toda la gente laboriosa. En breve mandaré á vd. una copia « de la liquidacion de mi sociedad con estos buenos labradores italianos, « quienes han tenido una buena ganancia, y se ván no obstante de ha- « ber recojido este año 106 fanegas de trigo por 11 de semilla. »

Y agrega el Sr. Rodriguez :

« Ahora bien : — esos labradores *entre el gran numero de los que han abandonado el pais por iguales causas* ¿ no llevarán á su patria la « noticia desalentadora de la inmigracion, de que *la tierra es buena pero no hay gobierno* ? »

Estas revelaciones, hechas por un funcionario público, nos alivian la obligacion de basar en pruebas autenticas el espantoso cataclismo en que se vé envuelta la campaña.

Los labradores emigran, emigran, y felices los que pueden liquidar con alguna ventaja su negocio; la mayor parte, deja su fortuna en ruinas, tratándose solamente de salvar su propia vida ó el honor de la familia. Los hacendados emigran; emigran al extranjero ó á los pueblos, dejando abandonado su trabajo, su capital, su porvenir.

¿Qué importa que la cosecha sea buena, ni que los ganados engorden? « Los pueblos no están cultivados en razon de su fertilidad, sino en razon de su libertad, » ha dicho Montesquieu, y sabemos que el ilustre publicista solo encontraba libertad « cuando el gobierno es tal que un ciudadano nada tiene que temer de otro ciudadano » ni del Gobierno mismo, agregan los comentaristas.

Dice el Sr. Rodriguez « que la acefalia de autoridades causa mayores males que la misma guerra » y propone que los vecinos pacíficos nombren sus autoridades vecinales.

¿Pero qué es la acefalia de autoridades, sino una de las mas inmediatas consecuencias de la misma guerra civil ?

¿Qué paliativo, ya que no remedio, será para los sufrimientos de la campaña, el nombramiento de las autoridades vecinales ?

¿Impedirán esas autoridades que las vacas, las ovejas, los caballos, las carretas y los peones esten á la merced de los beligerantes ?

¿Impedirán que las partidas cruzen en todas direcciones, llevando la alarma y el espanto á las familias ?

¿Impedirán que la industria y el comercio continúen su paralización de muerte ?

Ah! en vano se tentarían los medios de hacer que nuestra guerra civil, prolongada por mas tiempo á despecho de la gran mayoría del pais, no sea incompatible con la vida económica y social de la Republica. Todos los esfuerzos deben dirigirse hácia otro punto — á la terminacion de la guerra ; á la inauguracion de una gran época de paz, basada en el mas amplio ejercicio de las instituciones democráticas, únicas que pueden encarrilar la agiacion de los partidos en vias saludables para el pais.

Así, nosotros no podemos menos de prestar nuestra mas sincera adhesion á la idea de fundar una *Sociedad Rural* que defienda en esta crisis los derechos y los intereses de la campaña.

Una mision muy noble tocaria á los hacendados, en el conflicto de la

guerra civil oriental : se salvarían á sí mismos, salvando el país con ellos.

El primer paso de la *Sociedad Rural*, sería patentizar los sufrimientos, las humillaciones, los atentados de que la campaña es víctima, por la lucha criminal de los partidos.

Aquí, en la regalada ciudad, no se conoce lo que es la guerra civil de la campaña.

La crisis repercute sin duda, pero repercute ya sin la violencia irri- ante que la hace insoportable donde nace.

Aquí los negocios andan mal ; el dinero está escaso ; el malestar se hace sentir ; pero al menos la propiedad está segura, está segura la vida, está seguro el honor de la familia.

Allá todo es paralización, trastorno, ruina, y la propiedad es patrimonio comun de los ejercitos, y la vida está constantemente amenazada, y el honor de la familia . . . al caer la noche, una partida avanza sobre la poblacion, donde un grupo de mujeres llora al jefe de la familia que acaba de ser conducido al campamento, porque era colorado ó era blanco ó tenia confusa la papeleta de extranjero.

La *Sociedad Rural*, como el histórico veterano de Roma, descubriría sus heridas y sus llagas, para patentizar ante la mirada del pueblo, la desapiadada injusticia de los bandos que pretenden sumir á la campaña en las ergástulas de una guerra civil interminable.

¿ Con qué derecho, podría decir la *Sociedad*, los partidos actuales cobran impuestos y contribuciones en campaña ?

El impuesto ó la contribucion, no es un tributo que la tierra, el capital y el trabajo deben á las exigencias brutales de la fuerza ; es la justa compensacion con que los individuos retribuyen las garantías y los auxilios comunes que el Estado les dispensa.

El impuesto ó la contribucion, no es mas que un servicio retribuido ; allí donde no hay servicio hecho, no puede haber retribucion legítima.

Digan los partidos actuales, ¿ cuáles son las garantías que prestan á la propiedad y á la vida en la campaña ?

Digan ¿ cuales son los auxilios generales que llevan al desarrollo de los intereses de campaña ?

En compensacion de la anarquía, de la guerra civil, del caos, la campaña no debe á los partidos sino su maldición, su execracion y su desprecio.

Esto es lo que la *Sociedad Rural* debe preconizar muy alto, y así verán nuestros partidos que no todo el país se ve arrastrado por sus vertiginosas pasiones, y así verá el extranjero, de donde tantos elementos esperamos, que hay en la Republica Oriental un núcleo de intereses honrados y progresistas que pueden servir de base á una regeneracion política y social de trascendencia.

En sus destinos futuros, la *Sociedad Rural* llevaría la iniciativa del adelanto agrícola, ilustrando á los hacendados y labradores en las prácticas científicas de su industria, mostrando á los poderes públicos el camino del estímulo inteligente y de la reforma saludable.

En las circunstancias actuales, toda esa parte de los fines de la *Sociedad Rural* quedaria por el momento suspendida.

Antes de mejorar, es necesario conservar, y si la guerra civil se prolongase, todo estaria perdido, absolutamente todo lo que representa capital y trabajo en la campaña.

Si esta vez la guerra civil dura dos años, será mayor la ruina que la que nos legaron los nueve años de la guerra grande.

Eso está en la conciencia de todos los hacendados, y se explica por otra parte fácilmente.

Mas alto grado de progreso, requiere mas alto grado de seguridad, y así los males de la inseguridad se multiplican en razon directa del progreso.

Un pueblo nómade poco sentiría los trastornos de la guerra, un pueblo pastor los sentiría menos que un pueblo labrador, y un pueblo labrador menos que un pueblo manufacturero ó comerciante.

A medida que la máquina industrial se perfecciona, complíanse las condiciones necesarias á su accion, y tiene mas funestas consecuencias el choque ó el estallido que llega á interrumpirla en sus funciones.

Hoy es inmensamente mayor el capital que se destruye en la guerra, é inmensamente mayor el desprestigio que semejante destruccion produce al país.

Son mas los espoliados, y mas recio el clamor que contra nosotros se difunde.

Si la guerra se prolonga hasta seis meses, el país está perdido ; ni en veinte años se levantará de la prostracion en que lo dejará la lucha armada. Los hacendados tienen que precipitar su accion, sinó quieren caer envueltos para siempre en el horrible caos á que marchamos.

Ellos representan los mas considerables y vitales intereses; son la mayoría del pueblo y deben reconocerse el elemento verdaderamente nacional de la República, porque son los hijos arraigados de la tierra que poseen, que cultivan y que fertilizan; y sin embargo, esos intereses son los mas perjudicados y explotados; esa mayoría, no tiene accion ni voto en la contienda; ese elemento nacional desaparece bajo la presión de las oligarquias de bando.

En estas circunstancias, la *Sociedad Rural* debería plantear la cuestion de la campaña como el filósofo francés planteaba la cuestion del *Tercio Estado*.

¿Qué somos?

Nada.

¿Qué debieramos ser?

Todo!

Nuestro estado moral y sus causas

CONFERENCIA PRESENTADA AL CLUB UNIVERSITARIO

Señores:

Lo habia prometido y voy á cumplir mi promesa, pero antes permítame decir dos palabras.

Esta tesis ha nacido de la que os lei en la sesion anterior. Como entonces os lo dije, yo no adopto todas las ideas vertidas en aquel trabajo. Cuando lo lei en el aula de *Derecho Natural*, mereció del Sr. Catedrático Dr. Magariños, algunas objeciones justas.

Entonces se me ocurrió hacer esta conferencia sobre *nuestro estado moral*, rectificando á aquella en lo que se referia á nuestro país. Ese trabajo es el que os presento ahora y que, ya fué anunciado para leerlo el mes de Diciembre, no habiéndolo hecho entonces porque no hubo número en la sesion anunciada.

Pero sin embargo en aquella época la lei á algunos amigos, entre ellos á los Sres. Aréchaga y Nin á quienes la dedico.

No pensaba hacerla conocer de vosotros. Lo hago tan solo para responder á la provocacion del Sr. Aréchaga.

I.

Ya es tiempo que abandonemos el rol que hasta aqui hemos desempeñado y entremos de lleno en el debate de cuestiones mas ardientes y de actualidad, de aplicacion mas inmediata que los problemas de la oscura metafísica y las generalidades del derecho. Hasta hoy el *Club Universitario* ha preparado y adornado el terreno, donde mas tarde se han de depositar las semillas que germinando producirán plantas de saludiferos frutos para el país.

Hasta hoy se ha mantenido en un terreno que me permito llamar filosófico y desde hoy se hace necesario que se le saque de él y se le conduzca á otro donde en vez de viajar por las serenas regiones del derecho abstracto, baje y trate de ponerse en contacto con cuestiones palpantes, donde pueda aplicar ese tesoro que ha ido formando en las inteligencias de sus socios en los dos años que lleva de existencia y de trabajo continuo.

En el camino que hasta aqui ha recorrido, se ha deslizado rápido, ayudado por hermosas inteligencias. En el tiempo que ha vivido se le ha visto siempre floreciente. Pero el que se haya detenido á contemplarlo en su brillante carrera, ha notado un vacío en su programa, ha comprendido que su fin no estaba tan solo en los hermosos trozos de literatura y en vagar por las regiones de Grecia y Rusia admirando los hermosos cuadros de sus dioses y sus héroes. La sociedad debía aspirar á otra cosa. Debía hacerse menos universal y mas americana y mas oriental.

Es doloroso, sino es extraño é incomprendible, que nuestras inteligencias se ocupen de trazar un cuadro donde colocar el busto de Mme. Roland, ó hacer resaltar la espectable figura del general cartaginés, mientras los notables de nuestras glorias de todo América, están veladas por el olvido y sus hechos ocultos por el polvo de los archivos, apesar de que evocando sus imágenes, podríamos talvez infundirnos el valor que nos falta para continuar la grandiosa obra.

Mientras nos ocupamos de la libertad de pensar en abstracto, libertad que entre nosotros ha pasado ya á las leyes, y de los derechos de la mujer, cuestion que tendria mucho de grandioso, sino tuviera tanto de ridiculo, dejamos sin tocar problemas que nos hieren mas de cerca.

Hacemos lo que los Bizantinos, discutimos gramática mientras los turcos llaman á nuestras puertas.

Hoy vemos á la Nación envuelta en una guerra civil sin término que revise el mismo carácter de todas las que se han sucedido desde 1832; guerra en que perece la savia de los bandos, quedando solo la áspera corteza, y nadie se para ante el monton de cadáveres resultado del combate, á preguntarse por qué han muerto todos aquellos seres, un momento antes esperanzas de la República. (1)

Talvez, si hubiera alguno que se atreviera á levantarse escéptico contra el dogmatismo de la revuelta, porque la revuelta es Sres., entre nosotros, un punto de fé en que todos creen, talvez acabarían para siempre las luchas estériles.

Si hubiera alguno de bastante abnegacion para profundizar, no digo profundizar, examinar tan solo las causas de esas guerras, estoy cierto, que convencidos de su inutilidad las relegariamos al número de los errores cuyo recuerdo atormenta.

Pero nadie hace eso; al contrario, en vez de preguntarse por qué ván á batirse, todos aprestan las armas para la lucha.

La gran mayoría de los que militan en nuestros bandos, no saben por qué ván al combate.

« Vamos, dicen, porque no nos llaman cobardes; y vamos en tal faccion porque nuestros padres militan en ella. »

Triste y terrible es la herencia de nuestros padres, la guerra civil! Si ellos pudieran meditar un momento sobre su obra, de seguro se affijirían, porque ellos son los culpables de nuestros males.

Otros dan otra respuesta que revela la calamidad de las luchas armadas. « *Mi padre, mi hermano, mi amigo; murieron á manos de aquellos, justo es que los vengue.* »

Triste y terrible es tambien el resultado de la herencia de nuestros padres, la venganza!

Si ellos se levantaran de sus tumbas y contemplaran las raleadas filas de sus descendientes ¿cómo les atormentaría su conciencia, porque ellos son los culpables de la matanza!

Hasta ahora solo alguna que otra voz aislada, apagada por los gritos de guerra, se ha levantado para predicar la paz.

(1) El Dr. D. Carlos M. Ramirez lo ha hecho y de un modo bien elocuente. Cuando yo escribí esto, aun no había aparecido el valiente folleto.

Ha sido un esfuerzo individual que no ha tenido eco, y como fuerza individual ha sido estéril. La propaganda contra la revuelta necesita como toda propaganda, para que sea eficaz, un centro de donde parta la accion y una direccion; sino es imposible. A lo menos precisa un campo de instruccion donde se formen los soldados.

Aunque la idea no sea nueva, necesita apóstoles nuevos.

Los andegnos Romanos encargaban á sus Virgenes de alimentar el fuego sagrado; encárguese la juventud de levantar la nueva bandera.

Haya fe; la sociedad oriental no permanecerá impassible.

Qué! No se conmoviera acaso, ante el espectáculo que nuestra patria dá al mundo de miserias y de ruina?

Mirémosnos en nuestra ruindad y dejemos de contemplar á los antiguos en su grandeza, lloremos sobre nuestras ruinas y dejemos de admirarlos en sus progresos.

Campo bastante para ejercitar nuestra inteligencia, es nuestro estado moral, nuestra sociabilidad; campo bastante para dejar correr la imaginacion aquellas luchas del año 10; caracteres que admirar, aquellos soldados que atravesaban las llanuras argentinas y los altos Andes, llevados por la idea!

Es verdad, quizá ahora no los comprendamos; á ellos les llevaba el amor á la patria—tendrá esta frase sentido para nosotros?

Pero si bien es necesario, señores, entrar en el debate de cuestiones palpitantes, no olvidemos que debemos detenernos ante el enigma sangriento de los partidos.

II.

El año 1810 fué el año de la independencia de la America española. Sus pueblos comprendieron que para ellos habia concluido el tutelaje, que eran mayores de edad y podían regir sus destinos grandiosos, mejor que los vireyes, dependientes de los tiranos de España.

El edificio del coloniaje se derrumbó al empuje soberbio de la revolucion y la proclamacion hecha en Buenos Aires, recorrió todo el continente Americano, llevada por los himnos á la libertad.

La dominacion española desapareció de America, pero le dejó tristes legados. No impunemente, América recibió el carácter y el valor legen-

dario de sus hijos, la grandeza de sus genios y sus glorias; recibió también, su religión viciada, sus hábitos perzozos, su genio discolorado.

La América empezó à hacer vida propia. Se formaron Estados independientes y el antiguo patrimonio de los reyes se engalanó con las formas de la democracia.

En medio de las repùblicas y como el reto de la monarquía, subsistió un Imperio que quería que el Plata fuese su pedestal, mientras el Amazonas formaba su corona. Pero el Imperio para lograr su intento tenía que subyugar un pueblo de origen español, que había asistido como los demás nuevos Estados hispano-americanos al duelo de 1810. Mas desgraciado que los otros pueblos, su guerra de independencia contó solo à esa época, como el primer episodio, y tuvo que luchar contra la América monárquica después de haber contribuido à vencer al pueblo que por una de esas contradicciones tan frecuentes en la vida de las naciones, pugnaba por encadenarnos, mientras en Europa se batía por su independencia y su libertad, con un denuedo solo comparable al empleado por sus hijos de América en defensa de igual causa.

A orillas del Plata la repùblica, se batió con el Imperio, y la América con excepción de la República Argentina, contempló impasible la lucha del pigmeo contra el coloso, olvidándose de la participación que habían tenido los habitantes de la region Oriental del Uruguay en la guerra del año 10. No recordaban que el honor en la desgraciada jornada de Sipesipe se salvó por el regimiento oriental, cuyos soldados podían haber hecho el encargo que los espartanos en la inscripción de las Termópilas. «Pasagero, vete à Esparta y di que aquí yacemos por «obedecer sus leyes.»

Mas à pesar de todo fuimos libres y se inauguró una época nueva para nosotros.

Todas las esperanzas sonreían à la naciente repùblica, pero esas esperanzas duraron apenas dos años. Desde entonces el país se vió envuelto, lo mismo que los demás de la América Española, en una guerra sin término en que los motines siguen à las revoluciones y estas à las tiranías, sin que resalte otra cosa que la horrible anarquía ó la oligarquía degradante.

A Lavalleja le correspondió el honor de abrir la era de la libertad de la patria; pero à Lavalleja cupo también la desgracia de comenzar à labrar la ruina de la República.

Ah! Si la historia anatematizara à los hombres en su culpabilidad como los ensalza en su grandeza, cuántas glorias se empañarían!

No puedo seguir las evoluciones de la guerra civil, en su historia, ni mostrar las diferentes faces que ha tomado, porque me espondría à cada paso à tener que juzgar los partidos y haciéndolo, en primer lugar violaría el reglamento de este círculo científico, y en segundo lugar, haría estériles mis esfuerzos, levantando los enconos; y alacaría, por lo tanto, mis propósitos.

No puedo buscar en la historia de mi patria el secreto de sus males, porque quizá para ello, tendría que abrir fosas, sobre cuyas lozas se amontona el ódio de los unos y la admiración de los otros. No puedo hacerlo, porque nuestra vida independiente es tan corta, que los individuos à quienes debiera culpar, ya que no tienen la desgracia de contemplar su maldita obra, viven aun en las ardientes imaginaciones de sus partidarios y contrarios, revisiendo sus acciones para los unos, los caracteres de una cadena de iniquidades, y para los otros, los colores de una grandiosa epopeya.

Pero si no puedo leer en el libro del pasado, puedo ver en el cuadro del presente, y ya que no puedo mostrar à los autores, para no provocar ataques y defensas, puedo señalar sus nefandas obras.

Qualquiera que se fije un momento y trate de examinar el estado moral del país, se ha de detener perplejo.

Desde que uno mira, resaltan ya en el carácter de sus habitantes contradicciones palpables.

Cuando un caudillo brotado de las riñas de pulpería, se subleva, enarbola al punto en el asta de su lanza la bandera con la inscripción de *libertad*, y esta palabra goza de la virtud de atraer à los sencillos habitantes de nuestros campos. Se hallan prontos à verter su sangre, por aquella palabra que no comprenden.

Van y se sacrifican heroicamente y en vez de fundar la libertad, fundan el caudillaje.

Pero cómo podrían levantar el altar donde se quemase incienso en honor de la libertad, si no alcanzan todo lo que tiene de sublime?

Todos gritan libertad y no tienen escrúpulos en atormentar à los que profesan doctrinas contrarias à las suyas.

No comprenden la grandeza de la idea.

Libertad es para ellos un grito de guerra, un algo que por insistir e

saben, debe conducirles mas tarde ó mas temprano á la realizacion de su bienestar.

Resono por primera vez en sus oídos en la guerra de la Independencia, y fué tan grandiosa la obra que su invocacion produjo entonces, que todavia conserva para ellos su virtud en razon del recuerdo.

Siempre en nuestras luchas lo que menos triunfa es la libertad; se combate en su contra, y estraña aberracion! siempre se le aclama.

Al contemplar nuestras revueltas en nombre de la libertad, es el caso de decir lo que Mme. Roland — ¡Oh libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

Pero esos hombres que están prontos á concurrir al combate, se muestran rebeldes si se trata de llevarlos al verdadero camino que conduce á la libertad.

Se baten sin saber porqué, llevados por un sonido sin significado para ellos; pero si se trata de darles una bandera, se muestran recelosos y desconfiados.

Han marchado una y mil veces deseando su bienestar, y se han encontrado con que las promesas de las proclamas son palabras que se las lleva el viento. Al volver á sus hogares, los han visto profanados, sus haciendas destruidas, y en vez de la desaparicion de los males que les aquejan, desaparicion que se les prometia por sus caudillos, han visto entronizados males mayores. Entonces el desaliento se ha apoderado de sus almas y la confianza ha desaparecido.

Green que el ser libres es empeño vano. Ellos no encontraron la verdad, luego no existe. Marchan tras la mentira creyendo seguir la verdad, y al reconocer la realidad siempre triste, se descorazonan.

Al ver su desengaño, tratan de buscar en la revuelta, ya no la felicidad funesta sino riquezas, y se convierten en esa multitud de parásitos, eternos alzadores de la hoguera en que se precipita la República.

Estas escenas reproducidas constantemente en el calvario de 40 años que recorre nuestra patria, han dado un carácter especial á la situacion moral de los ciudadanos.

La fé se junta en ellos, al escepticismo, el culto de la libertad á la veneracion de los caudillos. Mas ese escepticismo es solo aparente; su aparicion era forzosa en el contacto con la realidad.

Almas con creencias que son ilusiones, que aman pero que no comprenden; apenas tocan la realidad áspera, les falta valor y desfallecen.

Pero sin embargo, la fé subsiste tambien; tan solo se ha apagado un momento. El hombre se ha hecho indiferente; no obstante, abajo de la ceniza existe el fuego; ¿sino ¿porqué se precipitan de nuevo en nuestras luchas estériles para encontrar tan solo espectáculos de ruina?

Si hay un fondo de fé, no todo está perdido. La fé salva. Hay material donde trabajar. Es preciso que los esfuerzos de todos los buenos obreros se encaminen á un resultado, y ese resultado es la desaparicion de la guerra civil.

Para mí esta es la fuente de todos nuestros males; mientras exista, no hay que esperar nada. A ella se debe ese escepticismo que á no dudarlo, si continúa, acabará por matar el espíritu patriótico, y entonces, pobre de la República.

Yo creo, y lo proclamamos bien alto, que vale mas cien veces el sufrir los vejámenes del poder opresivo, soportar todo, hasta el sacrificio, antes que empuñar el arma fratricida y concitar á la revolucion.

Yo soy de los que confían en la fuerza de la opinion.

Acepto el derecho de revolucion en teoria, pero en mi país, lo considero como un crimen, porque creo que nuestros males son el fruto de la revuelta.

No se quiera ver una contradiccion en estas palabras.

Acepto el derecho de revolucion en teoria, porque en verdad, ¿qué otro recurso queda al ciudadano que se ve oprimido por el poder y que al mismo tiempo se ve despojado por ese mismo poder de los medios legítimos con cuyo concurso podia reivindicar sus derechos?

Pero si esto es cierto, ¿terribismo en el terreno de las ideas, ¡como cambia cuando uno baja allí donde se encuentra la realidad!

Si las revoluciones se hicieran sin males, serian en extremo legítimas; pero los males que causan no serian mas terribles que los que evitan, ó mejor dicho que los que vengán?

Aparte de esos males generales, resultados de las revoluciones, que serian un argumento para el hombre que reflexiona y que nada vale para el partidario que siente rugir en su pecho la ira y el encono y se aferra al derecho estricto cuando le conviene, hay otras consideraciones si se trata de las revueltas de nuestro país.

Aquí una revolucion trae otra como inseparable compañera. Una revolución triunfante comete toda clase de excesos y ataques contra los

vertidos y hace que estos se armen á su vez. Así las revoluciones mismas prueban su ilegitimidad. ¿Con qué derecho se sacrifican centenares de hombres para implantar un régimen igual? Si la revolución es un derecho, no lo es también y quizá mas importante el derecho á la vida?

Tomad la coleccion del *Siglo de Septiembre* ú *Octubre* y leed un artículo donde esta consignada esta doctrina y aplicada á uno de los partidos, y aplicadla á todos y tendreis la verdadera teoria.

Ademas de esto, aunque las revoluciones sean justas, labran de tal manera los odios entre los que han nacido para cobijarse bajo una misma enseña, que despues de haber desaparecido las causas que los produjeron subsisten los bandos prontos á despedazarse, porque todos tienen victimas que vengar.

A estos males, que anuncio rápidamente, habria que agregar otros, pero los limites de este trabajo me lo impiden.

Las revoluciones que se verifican de tarde en tarde y en momentos solemnes, son borrascas que purifican la atmósfera politica; pero las revueltas, al contrario, elevan á la superficie de la sociedad el cieno que siempre debió esconderse en su seno.

Miremos, despues de cada una de esas convulsiones, que en nuestro amor á la hiperbole llamamos revoluciones; se levantan una porcion de tipos que si en tiempos anteriores nos hubieran dicho que llegarían á donde llegan, nos hubieran causado risa.

Y qué atraso moral produce la guerra de bandos en la República!

Pero basta. A qué enumerar todos esos males? A qué decir que hasta los sentimientos se relajen, que las ideas se pervierten? A qué mostrar toda una generacion con la rabia en el corazon y la sangre en las manos, tratando de devorarse?

Oh! se necesita mucha obcecacion, si no perversidad, para convocar á la revuelta, ya que no se trabaja para hacerla desaparecer.

Es preciso que todos los puros, haciendo un acto de abnegacion, olviden el pasado y contemplen el presente á fin de trabajar para el porvenir; porque si así no se hace, no es extraño que nosotros alcancemos á ver al génió de la patria sentado sobre las ruinas de la República, llorando como el profeta.

Pero tales son las causas que han producido ese mal que se ha adherido á la República como el cardo al terreno donde nace?

(Concluirá.)

¿Concluirá redondo.

Ni asesinos ni amnistias

El colega de *La Tribuna* transcribe con la mayor inocencia estas líneas de una correspondencia escrita en Londres:

« La derrota de los blancos por las fuerzas del Gobierno del Uruguay en batalla trabada en el dia de Navidad, los obligó á levantar el sitio de Montevideo.

« Es de sentir que el General Suarez, comandante de las fuerzas del Gobierno, concediese á los insurgentes un mes mas para que se acogieran al indulto de la amnistia.

« Es necesario acabar de una vez con tales amnistias, que son el unico origen de las insurrecciones, que tan fatales son á aquellos paisés.

« Si el Gobierno, en vez de conceder amnistia, mandase perseguir á los insurgentes hasta su completo exterminio, condenando á prision perpetua á los que escapasen de la muerte en el campo, es muy probable que las insurrecciones acabasen de una vez, ó por lo menos, que los gefes revoltosos encontrasen menos quien los ayudasen á perturbar el orden; infelizmente empero, cuentan con la victoria ó con el pardon, y con tales facilidades no es de admirar que haya una revuelta por año.»

El hecho de acoger esta opinion tan escéntrica, superficialmente vertida por un escritor estranero, parece revelar que á nuestro colega no lejan de parecerle regularmente aceptables los consejos del correspondiente inglés; pero nosotros preguntamos: — ¿si se siguiese con rigor esa politica, no estarian condenados á prision perpetua todos los que hoy ocupan el poder en la República, incluso el mismo director de la *Tribuna*? La autoridad de hoy es la insurreccion de ayer, como la autoridad de ayer es la insurreccion de hoy.

Si todos los insurgentes que escapen á la muerte, deben estar perpetuamente en calabozos — ¿quién queda vivo y libre en la República? Las mujeres y los niños cuando mas!

Sin embargo, hay en la escéntrica opinion á que nos referimos, cierto viso de razon y buen sentido.

Nuestras pródigas y amplias amnistias, concurren á revelar la falsedad de la posicion en que se colocan los partidos.

La justicia es severa; pocas veces se digna ser clemente. El derecho castiga; muy rara vez perdona.

Nuestro código tan lo ha comprendido así, que solo deja á la *Asamblea General*, por dos terceras partes de votos de ambas Cámaras la facultad de conceder amnistías en casos extraordinarios.

Si en este país hubiera autoridades legítimas ó revoluciones verdaderas, ni la rebelion mereceria indulto, ni el despotismo alcanzaria perdón.

No hay, ni ha habido nunca, sino dos partidos que luchan, uno en el poder y el otro fuera del poder; ejercido por cualquiera de esos partidos, el castigo es una venganza y el perdón una burla.

No perdona sino quien puede castigar, y no castiga sino quien representa la justicia y el interés común — la sociedad que se defiende contra la agresión del individuo.

Para acabar de una vez con las insurrecciones, se ha recurrido alternativamente al rigor y á la amnistía.

Cierto es que tanto el rigor como la amnistía fomentan las insurrecciones de partido.

El rigor, porque hace gloriosa la revuelta; y la amnistía, porque la hace cómoda.

Todas estas contradicciones resultan de la falsa base que los partidos han tomado; no hay organización política sin represión penal, pero no hay represión penal, sin autoridad legítima.

Solo queda un medio de concluir con los castigos que indignan y con las amnistías que desmoralizan: fundar con el imperio de la soberanía del pueblo un gobierno que represente el interés social, el interés de todos los partidos, de todas las opiniones, y que representando ese interés, pueda con legitimidad y con aplauso, imponer severas penas á los perturbadores del orden.

Los Palmares

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARIA RAMIREZ

(Continuación.)

III.

En tanto que Luis pronunciaba con verbosidad exajerada estas palabras, Eduardo caía en la meditación profunda que le aquejaba desde los días anteriores; cuando Luis hubo concluido, se levantó de su asiento y empezó á pasearse á largos pasos por el cuarto.

Luis lo contemplaba con su aire característico de superioridad y de desden.

—Estamos divagando, exclamó, después de un rato, Eduardo, deteniéndose frente á su maestro; estamos divagando, repitió; antes de entrar en apreciaciones filosóficas, necesito que me narres detalladamente el hecho.

—¿El hecho? preguntó Luis con fingida extrañeza; poco mas ó menos lo conoces, pero de todos modos — ¿en qué pueden interesarte los detalles?

—Tu mismo has dicho que soy curioso por naturaleza y por costumbre.

—Una segunda naturaleza segun lo enseña el filósofo, dijo Luis, que no perdía oportunidad de lucir su erudición; pero así mismo, la curiosidad como todas las virtudes y los defectos del hombre, tiene un límite; ¿á qué remover recuerdos que no pueden sino dañar tu corazón? joven desencantado, que buscas la felicidad en el desierto, como los trobadores, esos dandys de la edad pasada, buscaban un asilo en los conventos; no consentias que venga á turbar tu dulce calma el ruido de las ajitaciones mundanas!

—Todavía no he hecho voto de castidad ni de pobreza, respondió Eduardo impacientado; déjate de reminiscencias históricas, y cuéntame la verdad de lo ocurrido....

—Pero francamente, me recuerde la conciencia....

—Mas valia que no hubieses venido á visitarme, y diciendo estas palabras, Eduardo se dió vuelta bruscamente.

—No te enojés, chico, no te enojés... home zañudo nunca face de-rechamente las cosas!

—Habla, entonces, habla, exclamó Eduardo volviendo sobre sus pasos.

—No te figures que es gran cosa la que te voy á contar. Seré breve para satisfacerte, y despues conversaremos de otro asunto.

Eduardo se sentó de nuevo en el sofá, y Luis recapacitó unos momentos, antes de empezar á hablar de esta manera.

—¿Supiste que hubo un baile como quince dias despues de venirme tú á la Estancia?

—No, no he sabido nada.....

—Pero hombre!

—Tú no me has escrito y no he visto un solo diario.

— Y de Adela no has recibido carta alguna?

—Sí, á los pocos dias de llegar recibí una, pero..... no me decia nada á ese respecto..... Y yo no me tomé el trabajo de con-
testarla.

—Bien hecho! hubo instinto de tu parte; no eres de los predestina-
dos de Balzac.

—Volvemos á las andadas! exclamó Eduardo, en tono de colérico
reproche.

—Vuelvo á la cuestion del baile, dijo Luis con calma. Como te iba
diciendo, hubo un baile quince dias despues de venirme tú á la Es-
tancia.

—Ya lo has dicho.....

—Me confirmo entonces..... Un baile que dieron en el Club;
estuvo bueno; mucha gente y sobre todo un ambigü.....

—¿Ahora me vas á recitar la lista de los platos?

—Nada de eso; voy á mi cuento. El baile estuvo bueno; ya lo pre-
sumia y fui. Hubiera ido de todos modos por otra parte.

—Era inútil lo de la presuncion entonces, interrumpió Eduardo,
que ardía en deseos de ver adelantado el cuento.

—Desagradecido! contestó Luis en el instante. Iba de todos modos,
no por mí, sino por tí.

—¿Por mí?

—Sí! por tí; me aseguraron que Adela no fallaba, y fui á vigilar-
la con mis propios ojos.

—Me sorprende que no lo supieras tú directamente..... tú, tan
relacionado con ella y con su madre.

—No tengo yo la culpa; como al principio te dió la mania de tener
celos de mí, no queria durante tu ausencia estar en relaciones con
Adela.

—No me pongas en ridiculo! Esos celos no pasaban de una broma.

—No hay broma en la cuestion de celos. Un pañuelo olvidado costó
la vida á Desdemona.

—Nos estraviamos de nuevo, dijo Eduardo; entremos al fondo mis-
mo del asunto; dejemos á Desdemona y conversemos de Adela —¿es-
tuvo ella en el baile?

—Apenas llegué á la puerta del salon, respondió Luis, divisé en
el festreño opuesto una figura radiante de gracia, de belleza y de co-
queteria, la reina de los bailes, la encantadora Adela.

—Nunca me ha parecido tan linda como dicen, —murmuró Eduar-
do aparentando una tranquilidad completa.

—Acompañaba á la hechicera, prosiguió Luis pausadamente, un ca-
bellero digno de ella. Talle esbello; figura distinguida; una hermosa
cabellera lacia, sombreando un rostro pálido y pultido como el de una
fierna niña. Era una pareja que andaba haciendo furor en el salon.
En cada espejo se miraban los dos, embelesados, y despues se reían y
quedaban largo rato mostrándose los dientes mutuamente.

—Y quien era ese Adonis? ese Narciso? ese feliz mortal? pre-
guntó Eduardo con una risa forzada, que hizo reir interiormente á Luis.

—Era un portejo que habia llegado en esos dias. —Adela estaba linda
como nunca. Te aseguro, mi querido Eduardo, que en aquel momento,
poniendome en tu caso, no pude menos, de exclamar como Quintana:

Dichoso aquel que junto á ti suspira,

Que el dulce néctar de tu risa bebe,

Que á demandarte compasion se atreve,

Y blandamente palpitar te mira.

—¿Y eso decias, poniendole en mi caso? preguntó Eduardo echando-
se para atrás con negligencia.

—Eso decia, poniendome en tu caso ó en el de cualquier otro que es-
tuviese enamorado de Adela.

— Dichoso aquel que junto á ti suspira!

De cierto que ella ha suspirado muchas veces junto á mí!

Que el dulce néctar de tu risa bebe.

Behiamos en la misma copa!

Que á demandarte compasion se atreve.

Me la imploran; no la imploro yo jamás.

Y blandamente palpitar te mira.

Mirar! gran cosa es mirar!

— Envidiable omnipotencia de Tenorio, exclamó Luis con marcado

gesto de desprecio al escuchar las glosas del jactancioso amigo.

— Es la eterna omnipotencia del amante que sabe dominar á una mu-
jer.

—¿Que sabe dominar á una mujer? Prosigo con mi cuento.

Al presenciar aquella escena inesperada, fui en busca de la viuda para
pedirle una explicacion de lo que veía. Que quiere V., me dijo Misia

Rosaura, hamecando su cabeza sobre las prominencias del seno — que quiere V. ! las niñas de hoy en dia son tan caprichosas y veteatas; ahí la tiene entusiasmada con ese portento que anda de paseo por ach. ¿ Y sabe que forman una parejita regular? agregó la señora con aire de orgullo satisfecho, y siguiendo con los ojos la cola del vestido de Adela que acababa de pasar ante nosotros. . . .

— Siempre le tuve prevencion á esa señora, exclamó Eduardo en un rapto de irresistible impaciencia, que trató de dominar en seguida.

Luis se sonrió imperceptiblemente y continuó.

— Te confeso que me causaron indignacion las palabras de Misia Rosaura; y sin poderme contener le dije con severidad — ¿ Y V. consiente, señora, en que se conduzca de ese modo una niña comprometida? — Riase de compromisos, me contestó la señora; cuando Eduardo vuelva, puede que encuentre la plaza ya ocupada !

— Qué desinteresada y desdenosa ! — dijo Eduardo con reconcentrada ironia.

— No pude soportar esa insolencia, prosiguió Luis marcando firmemente sus palabras ; no pude tolerar que así se jugase con la delicadeza de un amigo, y fui á continuar mi sumaria en interrogaciones directas á la rea. — Adela, le dije, acercándome sin saludarla, necesito hablar con Vd. unos instantes. — Eugenio, dijo ella dirigiéndose al portento, voy á presentarle uno de mis amigos, y sin mas ni mas, me obligó á entrar en cortesias con el caballero. — Quiere vd. darne el brazo unos momentos, repeli despues de concluida la ceremonia — ¿ Para qué, respondió ella con el aire mas angelical del mundo; ¿ para hablarme de su amigo Eduardo? Déjeme de cosas viejas. . . . A muertos y á idos. . . .

— A muertos y á idos ! murmuró Eduardo.

— Y diciendo esas palabras perversas, giró con voluptuosa ligereza sobre el brazo de su compañero, y me dejó plantado en mi lugar. Cuando acordé solo pude divisar de lejos un cuerpo de dos cabezas, vestido de paño negro por un lado y de tules blancos por el otro, moviéndose con frenesi entre los apasionados giros de una polka. . . . Tú mismo no hubieras sentido tanta rabia como yo, en ese instante. Sali furioso de la sala y me fui á casa, maldiciendo de la hora en que mis amigos cometen la insensatez de fiar su corazon al corazon de una muger !

— Gracias, gracias, dijo Eduardo, que iba perdiendo poco á poco la presencia de espíritu y la facilidad de la palabra.

— Al dia siguiente, prosiguió Luis en tono acolorado, Eugenio pregonaba en todas partes. . . .

— ¿ Quién es Eugenio? preguntó Eduardo con viveza.

— Eugenio, el portento, el seductor. . . .

— Ah !

— Pues bien, al dia siguiente pregonaba Eugenio en todas partes, que Adela te mira con el mas profundo desprecio, que te califica de muchacho loco y que si aceptó alguna vez tus obsequios, fué solo por las instancias de la madre. . . .

— La madre me aborrece ! exclamó Eduardo con despecho.

— *Relata refero*, contestó Luis, encogiéndose de hombros.

— Bueno. . . . adelante. . . .

— Supe todo esto, y á la noche fui á casa de Adela bien temprano, para ver si todavia la encontraba sola y podia tener una explicacion con ella. Inútil tentativa ! Eugenio habia comido allí, y cuando yo llegué, ya estaba la pareja en el sofá de la sala, siempre mostrándose los dientes mutuamente, mientras Misia Rosaura estaba haciendo arreglar el comedor. . . . ó se habia ido á la novena. . . . no pregunté por ella. . . . es la verdad.

— Costumbre vieja ! dijo Eduardo, sin poder reprimir cierto movimiento de vanidad vengativa.

— Estuve un rato frente á ellos, haciendo por cierto un papel poco lucido, y me sali mas furioso que del baile. Volví al dia siguiente, y encontré la misma escena, y volví cuatro ó cinco dias despues, y no habia cambiado la escena todavia. Mientras tanto, continuaban las habladurias contra ti, y Eugenio se mostraba cada dia mas jactancioso. Yo me desesperaba, creyendo que llegaras cada dia, y en esta ansiosa expectativa, sobrevino un incidente, que me resolvió á venir. Aquí me detengo, amigo mio ; tu curiosidad debe encontrarse satisfecha ; el resto no puede interesarte ya.

— Prosigue, prosigue hasta el fin, te lo suplico, dijo Eduardo que estaba demandado y abutido como un hombre que cae al fin vencido por una larga cadena de sensaciones penosas.

IV.

Luis miró fijamente á Eduardo y continuó en seguida.

—Muy á menudo conversábamos de ti en la *Confitería Oriental*, y cierto día que me esforzaba en defenderte, aseguré que Adela volvería sobre sus pasos, así que te presentases tú en la escena; nuestros amigos, que tambien lo son del tal Eugenio, se rieron á carcajadas de mi dicho, y al día siguiente supe que el nuevo favorecido se manifestaba deseoso de que fueses á soportar una derrota; esa misma noche, volvimos á tocar la conversacion de tus amores, y propuse una apuesta en tu favor para el caso de que volviesses á Montevideo antes de haberse casado Adela con Eugenio; varios de nuestros amigos aceptaron, y dos dias despues, guardando la mayor reserva, me ponia en viaje para informarte de lo ocurrido y ponerte en camino de dejarme bien y de salir bien tú mismo. La apuesta está definitivamente perdida; pero lo doy por bien empleado; vuelvo á decirte que respeto tus ideas y tu resolucion; esa felicidad tranquila y silenciosa, por la cual suspiras, es el ideal de las felicidades humanas. Nosotros, las almas estragadas, no acertamos á descubrirte algun placer, pero las almas virgenes, encuentran en ellas voluptuosidades inhómitas!

Mientras Luis pronunciaba estas palabras, con voz grave y solemne, Eduardo permanecia pensativo y caviloso.

—Que insignificantes deben parecerse estas historias, dijo Luis despues de algunos instantes de silencio.

—Te lo diré francamente, respondió Eduardo como despertado de un sueño; mi vanidad no se ofende por todo lo que me has contado: Adela tiene como justificar su proceder; he dejado sin contestacion sus cartas; me ha mandado llamar, y no he ido; toda la autoridad á creer que rompo mis compromisos y la dejo en completa libertad. Mi vanidad no se ofende. . . . no. . . . Por otra parte, mi conciencia está tranquila; si he fallado, mi falta está tambien justificada por la facilidad con que Adela me ha olvidado, contrayendo nuevos compromisos. Ahora, mirando esta cuestion bajo otro aspecto, reardarás que mi padre se oponia al casamiento con Adela; la encontraba frívola, sin corazon, coqueta, y al tiempo de morir, me auguró que seria desgraciado con ella. Confieso que una pasion, en la cual el orga-

llo por mucha parte entraba, me hizo desobedecer la voz paterna; pero este viaje al campo, y estos sucesos que me cuentas, han venido providencialmente á colocarme en la senda del deber, en la senda de la felicidad verdadera.

—Así lo creo yo, exclamó Luis inclinándose con reverencia.

—No es solamente Adela, quien encuentra como llenar el vacío del olvido; tambien en mi corazon nuevos retoños han remplazado las ramas secas del amor perdido!

—¡Suplicí! exclamó Luis, buscando una interjeccion bastante rara para espresar su sorpresa, ante tan estraña confesion.

—Lo qué oyes, Luis, lo qué oyes!

—Vaya que has comprendido alguno de esos amorfios de campo, tan insipidos como inocentes, tan fastidiosos como costosos!

—No es broma, Luis, no es broma.

—Ah! tú dirás que al menos tienes la seguridad de que tu amada ignora el descubrimiento de la América, si es que las paisanas de este país se parecen á las que Alfredo de Musset describe en Francia.

—Nuevo á decirte que no es broma.

—Pero vamos á ver ¿quien es la hermosa...

—¿No recibiste una carta mia en que te hablaba?....

—Como! la hija del capaz! jóven insensato, ignoras que la Reco-pilacion Castellana castiga con pena de reclusion perpétua al seductor de las sirvientas!....

—Esa que tú llamas sirvienta con desden, es la hija de un patriota, de un mártir. Su madre es esa buena mujer que nos atendia la mesa; viuda del capitán Arbelo, le ha sido muy adversa la fortuna, pero ha salvado su honor immaculado, y la humilde María Angélica podría dar lecciones de virtud á mucha gente que la despreciaría por su traje tosco y por sus modales injénunos.

Era tal la sinceridad demostrada por Eduardo, al pronunciar estas palabras, que Luis no pudo menos de preguntar algo confuso.

—¿Estas hablando serio?

—Sí! puedes anunciar en Montevideo que me caso, que me caso con una modesta hija de los campos y que pienso ser muy feliz al lado de ella. Estravagante! loco! dirán sin duda allá. Poco me importa! He obedecido á estas palabras profundas de Michelet: No sembréis en el

camino: No planteis en el torrente: No ameis en medio de las multitudes.

—Me tienes estasiado, dijo Luis dirigiendo una mirada escudriñadora al moralista.

—Veo en todo esto la mano de la Providencia, continuó Eduardo; pierdo á una mujer que repudiaba mi padre, y uno mi destino al de una familia que mi padre amparó en la desgracia, como si un presentimiento secreto le advirtiera que en ella debía encontrar el hijo todo el complemento moral de su existencia. Si tú conocieras á ese ángel ¡ suave, tierna, candorosa, ajena á todos los artificios del mundo é incapaz de una doblez, de una perfidia.

—Pero me sorprende que esta conversacion concluya por donde debia haber empezado — ¿ es cosa arreglada el casamiento. ?

—Si, arreglada, porque yo la amo. . . . Y ella me ha de responder, á no dudarlo.

— ¿ Pero los padres saben algo ?

—No, no saben nada; mi resolucion estaba hecha, pero esperaba precisamente saber noticias de Montevideo, para llevarla á cabo cuanto antes.

Luis se sonrió de una manera significativa, y tomando la mano de su amigo le dijo con dulzura.

—Alabo tu resolucion, querido Eduardo; comprendo toda la nobleza de tu proceder y de tus sentimientos. Creo que serás feliz, muy feliz. Vivirás tranquilo, sin tener celos de nadie, sin ver una sola nube en los horizontes de la felicidad conyugal; sin que una sola tormenta azote las paredes de tu hogar. Vivirás constantemente bajo la satisfaccion del deber cumplido, honrando la memoria de un patriota y salvando á una criatura de los abismos del vicio. Sé que no puedes amar á Maria Angelica; la estimas, la quieres y eso basta. La estimacion, el cariño, es lo que queda. El amor pasa con las ilusiones de la primer noche de boda....

—Has leído en mi corazon, exclamó Eduardo; es estimacion profunda, cariño profundo lo que siento por esa criatura, angelical como su nombre....

—Serás feliz con ella! Que pocos, los que pueden asegurar otro tanto. Mira, Eduardo, tenia razon tu padre. Con Adela, hubieras sido desgra-

ciado, muy desgraciado talvez. No creo que Adela sea una criatura incorregible; es frívola, vana, coqueta, pero es capaz de amar; y amando á un hombre que la supiese dominar, habria entrado facilmente al buen sendero. Adela no te amaba; no te amaba al menos con entusiasmo y con firmeza. Por otra parte, no hay en tu caracter, imperio para dominar á una mujer de mundo: eres débil, vulgar, demasiado bueno, para que una mujer como Adela se sienta subyugada y se someta necesita encontrarse fascinada. Sin ofenderte, mi querido Eduardo, tu no eres hombre de fascinar á nadie. El dinero no fascina, atrae taan solamente; despierta los apetitos de la fiera y enardece sus impulsos. Te confieso que me sentia violentado, al venir á buscarte para que prosigues tus amores con Adela. Temia por tu suerte, aunque contaba darle algunos consejos oportunos. Querria salvarte del ridículo, y como soy poco escrupuloso, no contempnorizaba mucho con tu felicidad futura. Y sin embargo, qué responsabilidad para mí! Se comelen muchas faltas por impremeditacion y ligereza. Si yo contribuia á tu casamiento con Adela y despues te fuera infiel la esposa! Me aterra el pensarlo ahora. Tienes razon en decir que la Providencia nos está salvando: yo le llamo fatalidad, la Providencia te haya hecho salvar algo mas que tu felicidad; talvez, haya salvado tu cabeza.....

Eduardo hizo un movimiento para contestar estas epigramáticas palabras, pero Luis lo detuvo, apresurándose á decir.

—Vamos á dejar la conversacion para mañana; estoy cansado; necesito acostarme.

—Bueno, respondió Eduardo levantándose; tienes ahí mi cama: yo dormiré en el sofá; ya es tarde para incomodar á la jente, y una noche de cualquier modo se pasa.

—Haga cada una de su capa un sayo, dijo Luis y en dos minutos estaba ya metido en cama,

—Puedes apagar la lampara, gritó Eduardo del sofá.

—Hasta mañana entonces.

Todo quedó en silencio; pero ninguno de los amigos pudo entregarse al sueño.

Revista de la semana

La preocupacion esclusiva del papel moneda y de la guerra, ha tenido en estos dias un alivio con motivo de dos interpelaciones hechas por una Comision Permanente que se reúne en el Cabildo á unos Ministros que despachan en el Fuerte.

Las interpelaciones versaban sobre un contrato de adoquines, celebrado en contravencion de las leyes administrativas, y la prision de un ciudadano, en contravencion de las garantias constitucionales.

Parece que D. Fernando Torres ha ajustado el adquinamiento de toda la ciudad en condiciones ventajosas para el Fisco y para el público; pero que al hacerlo se olvidó de pedir á las Cámaras prorrogadas su consentimiento póstumo.

Por nuestra parte, creemos con toda sinceridad que el hecho se explica facilmente.

El Sr. Torres no está obligado á creer lo que no creen ni los mismos ciudadanos que tienen asiento en la Asamblea; el buen sentido protesta contra la resurreccion de los muertos.

La prorrogacion de las Cámaras, debia entenderse con arreglo á las razones que la hicieron necesaria; habria Cámaras para lo que al Poder Ejecutivo conviniese, y nada mas.

Pretender otra cosa, es rechazar fuera de tiempo la librea que tan voluntariamente se aceptó desde el principio.

El Sr. Torres hubiese podido fulminar á los interpelantes de la Comision Permanente, si en vez de soltar una caricatura de discurso, donde el sentido comun y la modestia brillan por su ausencia, tomase el látigo de Cromwel para espartar de un solo golpe todos esos apartados constitucionales que no hacen sino impedir la grande obra de la soberania del pueblo.

Para esto, era necesario que el Sr. Torres levantase su espíritu á grandes aspiraciones, y á regeneradores propósitos, pero todos sus actos estan demostrando á la evidencia que no tiene mas aspiracion, ni mas propósito que el de Siéyes al salir de la Revolucion Francesa — VIVIR, vivir siendo Ministro !

Ahora bien, mirando la cuestion por el mezuino prisma de las consideraciones del momento, la Comision Permanente pisa firme, y el Sr. Lavina deja como un pigmeo al Sr. Torres.

A la severa luz de los principios, ninguno de ellos levanta una pulgada de la superficie del suelo.

Si la Comision Permanente se cree el legitimo guardian de la Constitucion y de las leyes — ¿la mas grave infraccion, la mas grave prevencion que encuentra, es el contrato de adoquines ?

Si no hubiera mediado ese contrato — ¿no habria interpelacion que hacer, porque todo marcharia bien en el mejor de los mundos posibles ?

Y entretanto la Constitucion, las leyes, todos los principios sociales, todos los intereses honrados, todos los elementos de la civilization y de progreso, caen envueltos en el horrible caos de una guerra civil interminable !

A esos señores de la Comision Permanente, puede aplicarse lo que decia Lutero cuando veia al Papa responder con insignificantes modificaciones monásticas á los clamores de la gran reforma radical:

! Estais curando las verrugas en tanto que descuidais las úlceras !

Cierto es que la otra interpelacion á que nos referimos al principio, versó sobre materia mas grave é importante.

La libertad de un ciudadano vale mas que todos los empedrados del mundo.

El pueblo que no se vea todo amenazado por la agresion de los derechos de un solo individuo, es un pueblo incapaz de comprender y de gozar la libertad.

Siempre será meritorio y noble el esfuerzo hecho para librar á un hombre de los atentados violentos del poder

Sin embargo, cuando se reflexiona que en toda la estension de la campaña, propiedad, vida, honor, todo está á merced de las brutalidades de la fuerza y de las convulsiones sangrientas de la guerra, sin que la Comision Permanente, como corporacion del Estado, ó sus miembros como simples ciudadanos, hagan nada por evilar tamaños males, mezquina y muy mezquina compensacion es el interes tomado por sacar al joven Melgarejo de las garras del Coronel Balañas.

Con toda buena fé, juzgamos que estas interpelaciones aisladas, de detalle y de pasagero efecto, son perjudiciales y funestas á la causa de la regeneracion de la Republica.

Alentada por esas manifestaciones parciales, la opinion concibe sobre el actual orden de cosas, esperanzas é ilusiones que la alejan de la solucion fundamental, donde únicamente podrá encontrarse el bien.

Cuando un edificio viejo se desploma, lo mejor es apresurar la ruina para reedificar cuanto antes; y lo peor, gastar las fuerzas en apuntalar escombros.

Con esas esperanzas é ilusiones, se forjan los hombres un sofisma que los hace tomar parte en las situaciones mas inleñas é inmorales, á condicion de revelar alguna vez su resistencia, bajo el pretexto de aminorar los males á que voluntariamente han concurrido.

Sofisma corruptor, que Benjamin Constant ya combatia en su época, diciendo que, con invocarlo, se justificaria quien aceptase el oficio de verdugo de la inocencia para tirar con mas suavidad la cuerda de la horca! Por fortuna, en éste pais, los sucesos ván aleccionando á los hombres, y se comprende al fin que el vino nuevo no debe vertirse en odres viejos, como lo dice con simbolismo profundo el Evangelio.

El interés despertado por las interpelaciones de la Comision Permanente, desaparecerá muy en breve sin dejar huella en la opinion, como las exalaciones luminosas de los cuerpos corrompidos; y volveremos á la preocupacion constante del papel moneda y de la guerra.

Todavía no ha presentado el Poder Ejecutivo su proyecto; disidencias de gabinete retardan ese dia de alarma general para el pais.

¿El Sr. Comandante Militar no hará echar á vuelo las campanas? Bien lo mereceria el amago de un ataque á la propiedad, á la industria, al comercio, al porvenir de la Republica.

Acaso no faltarían voluntarios que acudiesen con entusiasmo á ese llamado.

En las circunstancias actuales, el papel moneda despierta una resistencia invencible; y sin embargo, una fuerza invencible, lo empuja fatalmente hacia nosotros.

La leyenda del judío errante que avanza con el cólera, bajo el imperio de la maldición divina!

Nuestra maldición es la guerra.

El Gobierno ya no encuentra recursos para hacer andar la máquina; todo lo que producen las rentas se vá en los intereses de una deuda, proporcionalmente mas enorme que la del pueblo mas rico de la tierra, dejando apenas lo preciso para empezar el pago de un presupuesto, proporcionalmente mas crecido que el del Estado mas floreciente del mundo.

Quedan en descubierto todos los gastos extraordinarios de la guerra, y todas las prebendas ordinarias de la inmoralidad administrativa, esa inmoralidad tenebrosa, en cuyos misterios nadie ha podido penetrar.

El Gobierno necesita dinero -- ¿no se lo dan? -- pues lo toma -- esa es la historia del papel moneda.

Hay un derecho de necesidad que pone en aprieto muy serio á los filósofos, cuando quieren justificarlo ó condenarlo; pero que es de poca dificultad para los hombres, cuando se encuentran en el caso de usarlo en su provecho.

Los filósofos razonan, y los hombres obran; cada cual está en su rol. Es evidente que con la prolongación de la guerra, ni el impuesto, ni el empréstito, por mas irritante que sea el uno, y mas escandaloso el otro, pueden dar recursos serios al Gobierno; las propiedades están hipotecadas -- ¿y qué otro camino queda entonces mas que la emision del papel moneda del Estado?

Para resolver esta crisis financiera, la mas grave de las que ha soportado el pais, apesar de haber vivido siempre en bancarrota, no hay mas remedio que una paz inmediata, honrosa y fecunda, que ponga al pueblo en situacion de poder y de querer hacer sacrificios por la conservación de un nuevo orden de cosas, en el cual se vean representados y garantidos todos los partidos y todos los intereses legítimos.

Desgraciada ó afortunadamente, la paz inmediata, honrosa y fecunda, no es la paz que puede surgir de una batalla.

La guerra civil, por la guerra civil, no tiene término.

Una correspondencia blanca de la *Republica*, dice que la *revolucion* habrá triunfado antes de dos meses, y un diario colorado afirma que antes de pocos dias habrá completa tranquilidad en el pais.

¿Porque fomentar estas funestas y criminales ilusiones?

La guerra no está por concluirse; recién empieza la guerra.

¿Que importa que el ejército de Suarez tenga mas de cuatro mil hombres, entre ellos mil trescientos infantes de primer orden?

Las mismas noticias que ha publicado *La Tribuna*, dicen que Aparicio, llevaba dos mil hombres, y que Muñiz quedaba con mil en Cerro Largo.

Se sabe por otra parte, que Benítez reunido con Enrique Olivera tenía como ochocientos hombres en el Salto, y por los departamentos de San José y Colonia, andan quinientos ó seis cientos mas.

Una carta del Secretario del General Suarez asegura que los blancos van desmoralizados al extremo y pobres de ropa, vicios, etc. etc.

Esta noticia lleva su contradicción en si misma; fuerzas desmoralizadas van robando, y se proveen de vicios y de ropa, que no faltan en las pulperías de campaña.

El soldado andrajoso es el tipo del soldado heroico; basta el fanatismo de partido para sobrellevar con gusto las penurias.

Los blancos no depondrán las armas ni dejarán el campo, sino cuando se les ofrezcan garantías reales y participación en el gobierno del país.

Tampoco deben los colorados deponerlas, ni abandonar la lucha, sino con esas mismas garantías y con igual participación en el gobierno.

El único desenlace de la guerra está trazado de antemano:

Gobierno mixto para desarmar á los partidos:

Convencion Nacional, para regenerarlos en la fuente de la soberania del pueblo!

Sueltos diversos.

Asumtos de la Universidad.

En la última sesión del Consejo se tomaron algunas resoluciones importantes.

Fué la primera, que el curso de jurisprudencia dure cuatro años, alcanzando esta disposición á los que están ahora en primer año de derecho, sin perjuicio, de que los de 2º y 3º estudien en las nuevas cátedras, dentro del tiempo que respectivamente les corresponde.

El aumento y la importancia de las materias que forman hoy el curso de jurisprudencia, exigen imperiosamente esta reforma.

La segunda, es referente á las fallas de asistencia; queda suprimida la distincion entre faltas sin motivo y con motivo, distincion que no hacia sino fomentar la mentira y el embuste.

De aquí en adelante, con veinte faltas, se pierde curso en las clases alternadas, y con cuarenta, en las clases diarias.

Creemos que el Consejo ha procedido con acierto en sus dos resoluciones.

Cuestion religiosa.

En estos dias se ha suscitado un debate ruidoso.

Por una parte, las fiestas que prepara la poblacion italiana en celebracion de la libertad de Roma y de la capitalizacion de Italia; por otra, la suscripcion que levanta la poblacion católica para alimentar el fasto de la corte pontificia, estan haciendo cuestion de actualidad de una cuestion que por lo general permanece muerta entre nosotros.

No falta quien se alarme y vea comprometida la tranquilidad de los espiritus en esta renoccion de los dogmas religiosos.

Por nuestra parte sin dejar de lamentar que la discusion no se mantenga en los limites del decoro que exige la grandezza del asunto, creemos sumamente saludable para la sociedad estas controversias sobre los principios que rigen sus destinos morales.

No se aprende á nadar sino en el agua; no se aprende á discutir sino discutiendo, sea cual sea el tema.

Es preferible esta agitacion del debate, á la estagnacion del mutismo. La peor de las religiones, es mejor que la indiferencia religiosa; bien despreciable el pueblo que no estima muy en alto el examen y la discusion de sus dogmas!

El catolicismo y el protestantismo tienen ya su cátedra — ¿porqué no la tendria tambien esa religion natural, que es la religion definitiva de la tierra?

Abriamos nuestras columnas para todo escrito que, en nombre de la filosofia, se levante sobre la tradicion de las religiones caducas, abriendo al alma humana los grandiosos horizontes del racionalismo moderno.

Cátedra de Derecho Penal

Esta Cátedra de reciente creacion, y regentada por D. Gonzalo Ramirez, se inaugurará el lunes próximo. Creemos que el acto será público.

Cátedra de Derecho Constitucional

El catedrático de esta aula, en la última sesión del Consejo Universitario, hizo presente la dificultad invencible en que se encontraba para adoptar un texto de enseñanza.

En los libros europeos — derecho monárquico ; en los libros norteamericanos — derecho federal ; los libros sud-americanos, deficientes unos, é inadecuados otros.

El catedrático pidió que se constataste en el acta su convicción de que esta falta de texto crearia muchas dificultades en los primeros tiempos del aula, viéndose él obligado á improvisar conferencias que sirvan para fijar los puntos primordiales de la ciencia.

Esas conferencias que serán probablemente semanales, verán la luz pública en la *Bandera Radical*.

La inauguracion de la Cátedra tendrá lugar el 1.º de Abril.

Datos estadísticos de un joven guerrero.

En el Sumario se leen esas palabras como título de un artículo del Sr. D. José Pedro Varela; la falta de espacio nos obligó á suspender ese artículo, olvidando la correccion del Sumario.

Disculpen nuestros lectores esta pequeña omision.

Club Universitario.

Llamamos la atencion sobre la conferencia que empezamos á publicar en este número : las ideas que revela ese escrito, honran verdaderamente á la bella inteligencia del joven Arredondo.

El *Club Universitario* debe sentirse ufano de los resultados que alcanza, y al entrar por la senda que el Sr Arredondo le señala, prestará grandes servicios á la causa de nuestra regeneracion politica y social.

Administracion.

Desde este número, queda definitivamente organizada la administracion de la *Bandera Radical*.

Para cualquier asunto de la empresa, dirigirse al Sr. D. Julio Lefevre en la imprenta de *El Siglo*.

Quedan notificados los agentes de campaña y nuestros favorecedores en general.